



LIBROS

«REQUIEN POR TODOS NOSOTROS», por José María Sanjuán. Premio Nadal 1967. Ediciones Destino (Colección Ancora y Delfín). 326 páginas.

Esta novela tiene una doble actualidad. Por una parte, está galardonada con el último premio Nadal, y, por otra, la recientísima muerte de su autor le confiere unas especiales características tristemente inigualables.

Ya los versos de León Felipe, que le sirven de entrada o pórtico, nos ponen en la pista de lo que después ha de ser desarrollado narrativamente. El autor quiere ir mucho más allá de la simple anécdota y quiere, por lo menos, bucear en la trascendencia sin adscribirse a ninguna metafísica. Hay, cómo no, reminiscencias del existencialismo en sus páginas, porque la época y el ambiente obligan a ello, pero más como actitud vital que como postura filosófica y sin que los personajes estén necesariamente incardinados en él o, por lo menos, sin que sean conscientes totalmente de su inmersión en él. Son lo suficientemente frívolos, «están» tan gozosamente vivos y satisfechos de la vida —en su mayor parte— que sólo lo puramente aparential del placer los mueve. No son antihéroes, lo que les daría una auténtica grandeza, siquiera de signo negativo, sino que «están» sin más. No sienten angustia, en el sentido existencialista de la palabra, sino vaciedad y aburrimento, que compensan con el alcohol, con el placer o con la velocidad. Cuando Marta intenta, no liberarse, sino «escaparse», sin lograrlo, en un intento de suicidio, ninguno de sus amigos se siente especialmente conmovido. Hay como una especie de estupor, al principio, pero después la vida se reanuda esencialmente igual; más que reanudación hay continuidad no interrumpida, toda vez que la reanudación implica un cese, un parón, un detenerse que aquí no se da. Son hombres y mujeres que tienen dinero, que pertenecen a lo que en la jerarquía materialista de un mundo burgués se denominan clases elevadas y que arrastran sus vidas «brillantes» por las playas de mo-

da: Marbella, Palma de Mallorca y San Juan de la Luz. Constituyen como un círculo —son frecuentes y hasta reiterativas las alusiones que, a lo largo de la novela, se hacen al «círculo»—, en gran parte, desconectado de las vidas de los otros hombres. Es como si el mundo sólo fuese para ellos, sin que existiese nada exterior a los coches más veloces, a los perfumes, al amor o a las suites lujosas de los hoteles famosos. Incomunicados, herméticos para lo que no sea el ámbito donde ellos se mueven, son, sin embargo, hombres y mujeres de carne y hueso, no entes de ficción, producto de la fantasía más o menos desbordada del autor, reconocibles, casi al alcance de nuestra mano, consecuencia de un mundo y de una situación social muy de nuestro tiempo. Están magistralmente perfilados y tienen la fuerza derivada de una observación que, por sí sola, calificaría al novelista como una auténtica promesa en el género.

En este «círculo» incide, tangencialmente, primero, y de una manera más profunda, después, el protagonista: Mario, profesor de Universidad. No pertenece a ese mundo, pero de una manera fortuita se vincula a él, aunque su lazo de unión esté dignificado por el amor de Laura. En determinados momentos Mario estudia a sus amigos —a sus recientísimos amigos— con la frialdad de un sociólogo, técnicamente objetivados, pero después todo aquel torbellino de perfumes, de placeres y de mujeres hermosas embotan su capacidad de huida. Se siente, en cierto modo, extraño, pero incapaz de desasirse de lazos cada vez más fuertes. Sólo el amor de Laura puede, en un momento, salvarlo. Al final, será la muerte quien lo salve, quien lo vuelva a su cauce, quien en cierto modo lo vomite como un escotillón terrible. El no muere, mueren todos los demás, incluida Laura, y ni siquiera la muerte tiene grandeza. Mueren como consecuencia de la excesiva velocidad de un coche en el que todos viajan, embriagados por la prisa, como náufra-gos del placer, como saturnos que se devoran a sí mismos.

Como contrapunto a todo ello está la figura